

Planteamientos, objetivos y perspectivas de estudio

1.1. El estudio del paisaje como aproximación al mundo ibérico y romano del Sureste

La cultura ibérica representa uno de los episodios más interesantes en la historia del Sureste peninsular y, en particular, de la Región de Murcia. De ella quedan aún hoy en día importantes testimonios en todo el ámbito regional que no son sino el reflejo del desarrollo que el mundo ibérico alcanzó hace siglos en estas tierras. Hallazgos como la conocida Dama de Elche, o las necrópolis de Baza y Galera, en las vecinas provincias de Alicante y Granada, denotan el amplio desarrollo cultural de estos territorios del sur y del sureste de la Península Ibérica, sobre cuyos habitantes nos informan ya las propias fuentes clásicas.

Sin embargo, y aunque la publicación en el año 1981 de la tesis de P. A. Lillo pudo suponer un excelente punto de partida para el desarrollo de nuevos trabajos, no contamos desgraciadamente con ningún estudio que haya abordado desde entonces, y desde una perspectiva amplia, el análisis del mundo ibérico en el ámbito murciano. En este sentido, además, la investigación sobre el poblamiento y, en general, sobre el 'paisaje ibérico regional', no ha experimentado el impulso que ha caracterizado este tipo de estudios en otras áreas peninsulares, centrándose en el estudio concreto de determinados centros y sin afrontar cuestiones más amplias como la economía o la organización territorial.

En esta misma línea, tampoco el tránsito al mundo romano ha sido analizado de forma amplia a nivel regional y en conexión con las transformaciones que el mismo supone para las comunidades ibéricas a partir de los momentos previos al cambio de Era. En este sentido, tampoco encontramos nuevos trabajos desde finales de los años 70.

Durante los últimos años, innumerables trabajos han abordado en cambio, en otros ámbitos de la Península Ibérica y, en general, del Mediterráneo, el análisis de los paisajes históricos y las transformaciones y procesos que han configurado, a lo largo de los siglos, aquellos actuales. El paisaje, entendido como la transformación del medio, del propio marco geográfico, por parte de la comunidad humana que lo habita no es sino el claro reflejo de las estructuras económicas, sociales y políticas de la misma¹. En este sentido, puesto que conserva en cierta medida en sí mismo la impronta de la acción humana, el paisaje es así una parte fundamental del registro arqueológico y, en tanto que encierra información sobre múltiples cuestiones referidas a los grupos humanos que lo han construido, se

convierte en un excelente punto de partida para analizar esas sociedades en todas sus dimensiones².

Así, por ejemplo, y para el caso concreto del mundo ibérico, bastaría recordar cómo el característico paisaje de *oppida* que parece dominar, a nivel general, todo el sur peninsular, ha sido interpretado como el mejor exponente de las aristocracias clientelares ibéricas³. El *oppidum*, visto de este modo como sede de esa élite indígena, constituye, al mismo tiempo, un punto clave en el paisaje, consolidándose como núcleo donde se concentra la producción y como centro de servicios y de intercambios⁴.

Sin embargo, el paisaje, en tanto que espejo de esas sociedades permite ir aun más allá, pues no solo queda en él el reflejo de esas estructuras económicas y políticas, sino también de las propias estructuras simbólicas que conformaron la mentalidad de aquellas⁵.

En este sentido, bastaría recordar el papel que jugaron en el paisaje los santuarios prerromanos en el mundo itálico, en el griego o en la propia Península Ibérica, como el de El Pajarillo de Huelma, en Jaén, así como también el simbolismo de las murallas de los *oppida* ibéricos, que transformarían ese paisaje en 'territorio', y el que pudo tener el megalitismo en el Noroeste peninsular, elementos todos ellos que, como el propio poblamiento, reflejarán, a través del paisaje, la mentalidad, la ideología y los códigos simbólicos de esas sociedades⁶. No debemos además recurrir a épocas remotas para ver en esos paisajes el reflejo de la sociedad y, en la transformación de los espacios, el exponente de la mentalidad de la misma. Así, por ejemplo, y como se ha señalado, la propia estructura de un pueblo típico del siglo XVIII en Inglaterra reflejaría claramente la doble fuente de poder en la que se basaba el orden social de la época, la Iglesia y la nobleza. Como

¹ FÁBREGA 2004: pag. 10; HAGGET 1976: pag. 18.

² VICENT 1991: pag. 42-47 y 1998: pag. 165; GRAU 2004: pag. 72-73; MAYORAL 2004: pag. 269 y siguientes; CRIADO 1993 y 1997: pag. 7; CHAPA *et al.* 2004: pag. 154-155; FÁBREGA 2004: pag. 10; WITCHER 1999: pag. 17-18; MACCHI 2001: pag. 7-21; MATTEINI y MIRRI 2002: pag. 183-190; LLOBERA 1996: pag. 614.

³ RUIZ 2000: pag. 307-328; GRAU 2004: pag. 72-73; GRAU y MORATALLA 2004: pag. 111-118; MAYORAL 1998: pag. 417.

⁴ GRAU 2004: pag. 65-67 y 2006 b: pag. 213-221; GIL MESEGUER 2006: pag. 19-20.

⁵ CHAPA *et al.* 2004: pag. 154.

⁶ CULTRARO 2005: pag. 588-595; CRIADO 1993: pag. 39-59 y 1997: pag. 7-8; CRIADO, SANTOS y PARCERO 1997: pag. 15-17; SANTOS, PARCERO y CRIADO 1997: pag. 61-80; WITCHER 1999: pag. 16-18; SANTOS VELASCO 1994: pag. 22-23; RUIZ y MOLINOS 1984: pag. 187 y 1999 a: pag. 229-237; RUIZ *et al.* 2001: pag. 11-22; MOLINOS *et al.* 1998: pag. 159-167; MOLINOS *et al.* 1996: pag. 201-206 y 1999: pag. 115-124; RECIO 2002: pag. 71; MAYORAL 2004: pag. 31 y siguientes; YI-FU TUAN 1978: pag. 92-108 y 119-123; FOWLER 1990: pag. 129-131; LEVEAU, SILLIÈRES y VALLAT 1993: pag. 26.

indica D. Harvey, no es casualidad que sean precisamente los edificios religiosos, iglesias y capillas las que dominan el paisaje de Oxford, tal y como hoy lo hacen determinados edificios en Manhattan⁷. Incluso, y más en conexión ya con el propio ámbito regional, bastaría tener en la mente la imagen que pudo mostrar el territorio lorquino en época medieval, en el que se multiplicarían los castillos y torres de control vinculadas visualmente al importante centro emplazado en el Cerro del Castillo de Lorca, mostrando un fuerte dispositivo defensivo y el control absoluto que este centro ejercería así sobre toda esa vía de comunicación que constituiría una de las principales rutas utilizadas por las *razzias* granadinas en sus incursiones en estas tierras⁸.

Todos esos elementos, y la percepción que se tendría de ellos en cada momento⁹, no sería sino el reflejo de los rasgos económicos, sociopolíticos y, en cierta medida también, de la mentalidad y preocupaciones que definen y marcan la vida en esas comunidades, como lo serán también, aquellos que caracterizarían el paisaje del Sureste peninsular en época ibérica.

Desde esta perspectiva, el estudio del paisaje se presenta como el de todos y cada uno de aquellos aspectos que forman parte de aquel, siendo necesaria una visión de conjunto de los mismos a lo largo del tiempo¹⁰, en la que entren en juego todos ellos. El paisaje se convierte así, además, en un elemento esencial para advertir los cambios y transformaciones que afectarán a esos ámbitos en cada momento histórico¹¹.

Sin embargo, y puesto que el objetivo es aproximarnos, siempre en la medida de lo posible, a comunidades dinámicas, en constante cambio, cualquier intento de afrontar un estudio de conjunto de todos y cada uno de esos aspectos que conformarían el paisaje ibérico y romano del Sureste resulta, ante todo, enormemente complejo. Tres son esencialmente los problemas que se plantean en este sentido.

En primer lugar, las dificultades que conlleva intentar abordar una variedad de cuestiones tan amplia, incluidas algunas, como aquellas referidas al ámbito simbólico, que hoy se nos escapan, pero también otras muchas, como aspectos de tipo tecnológico, estrategias sociales, condiciones ecológicas y valores culturales¹². Por otro lado, no podemos olvidar la complejidad que implica el propio dinamismo de esos paisajes, que es, en definitiva, el que caracteriza a las sociedades que hay tras ellos. Éstas, al margen de los rasgos comunes que pudiesen estar en

la base de todas ellas, se configuran de forma distinta en cada área, transformadas no solo en función de su propia dinámica interna sino también de las más diversas influencias que pudieron recibir, siendo el propio mundo ibérico peninsular el mejor reflejo de ello¹³. Asimismo, y junto a ese continuo cambio, cabría tener también muy presente el hecho de que en ese mismo paisaje debemos ver también las huellas de la acción de elementos y procesos precedentes que, en cierto modo, pueden modificar la actuación de dichas sociedades y que, en definitiva, suponen una complejidad añadida para su estudio¹⁴.

Por último, no podemos olvidar la dificultad que encierra no solo llevar a cabo una aproximación a todos esos aspectos, sino la integración de los mismos en ese paisaje¹⁵. No podemos ver así cada elemento de un paisaje como un elemento aislado, sino en clara conexión con todos los demás, siendo quizás el mejor reflejo las relaciones que pueden y deben establecerse entre los propios yacimientos documentados en un determinado territorio¹⁶. Como explica G. Macchi, esa relación es fundamental “para comprender los sistemas políticos de las sociedades presentes y pasadas, además de permitirnos formular hipótesis sobre la producción, la economía y, por lo tanto, sobre las propias estructuras sociales” de las mismas, constituyendo así un “patrimonio histórico – cultural intangible”¹⁷.

Es precisamente por todo ello por lo que quizás tampoco podríamos hablar de un único paisaje, ya que los propios estudios que han abordado el análisis del mundo ibérico en la Península Ibérica han permitido advertir la enorme variedad que alcanzó, a todos los niveles, y al margen de los rasgos comunes que ofrece, el mundo ibérico en cada uno de los distintos ámbitos peninsulares. En este sentido, quizás el más claro reflejo serían los diversos modelos de organización territorial y sociopolítica que, tal y como se ha propuesto, definirían los diferentes territorios ibéricos, dando origen a paisajes muy distintos¹⁸. Si a ello sumamos las continuas transformaciones que, como hemos señalado, implicaría la dinámica interna de la sociedad indígena y los contactos con púnicos, griegos y romanos, es quizás más acertado referirnos de forma amplia a los ‘paisajes ibéricos y romanos’ que caracterizarían estas tierras del Sureste y del Levante peninsular¹⁹.

⁷ HARVEY 1978: pag. 87-89.

⁸ MARTÍNEZ RODRÍGUEZ 1996 b: pag. 151-154 y 1997 b: pag. 161-170; MANZANO 2002: pag. 657-747; VEAS ARTESEROS 1989: pag. 213-216; GIL OLCINA 1990: pag. 7-8.

⁹ CRIADO 1997: pag. 8.

¹⁰ ADROHER y LÓPEZ 2001-2002: pag. 43-48; MAYORAL 1998: pag. 422-423.

¹¹ LLOBERA 1996: pag. 621-622.

¹² CAMBI y TERRENATO 2004: pag. 252; VICENT 1991: pag. 44-47; ADROHER y LÓPEZ 2001-2002: pag. 46; CRIADO 1997: pag. 5; MACCHI 2001: pag. 11; ALCOCK 1993: pag. 172.

¹³ MATTEINI y MIRRI 2002: pag. 183-190; CHAPA *et al.* 2004: pag. 155; FOWLER 1990: pag. 127-129.

¹⁴ CAMBI 1999: pag. 115; VICENT 1991: pag. 44-47; MATTEINI y MIRRI 2002: pag. 183-190; ADROHER 2008 b: pag. 11; VERONESE 2007: pag. 59-60.

¹⁵ MATTEINI y MIRRI 2002: pag. 183-190.

¹⁶ CAMBI y TERRENATO 2004: pag. 105; MACCHI 2000 y 2001: pag. 8.

¹⁷ MACCHI 2000: pag. 7-19.

¹⁸ RUIZ y SANMARTÍ 2003: pag. 39-57; RUIZ *et al.* 1987: pag. 239-256; RUIZ *et al.* 2001: pag. 11-22; GRAU 2002; ADROHER y LÓPEZ 2004; MORATALLA 2005: pag. 91-118; BONET y MATA 2001: pag. 175-186.

¹⁹ GRAU 2004: pag. 61-75; MAYORAL 2004; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007: pag. 316; PARCERO 1995: pag. 127-144; ARIÑO, GURT y PALET 2004.

Al margen de la complejidad que su estudio representa, el carácter dinámico y en constante transformación de los paisajes ofrece, sin embargo, inigualables posibilidades de mostrar procesos y de comprender la progresiva evolución de la sociedad ibérica, convirtiéndose así, en este sentido, en una perspectiva esencial para abordar el análisis de las transformaciones que implicó la presencia romana²⁰.

El estudio del paisaje se presenta, de este modo, como un punto de vista especialmente interesante para abordar también el estudio de esos siglos de transición entre el mundo ibérico y el romano en estas tierras del Sureste. Como han demostrado los trabajos realizados en otros ámbitos de la Península Ibérica, puede aportar nuevas e interesantes perspectivas de análisis, ofreciendo, al mismo tiempo, una visión de conjunto de ese mundo indígena, de sus rasgos económicos, sociopolíticos y de aquellos que definirían el propio poblamiento en todo este ámbito peninsular, así como también de las transformaciones que supondrá para el mismo el proceso que conducirá a su integración definitiva en la órbita de Roma ya en época imperial.

Es precisamente por ello, y aun siendo conscientes de los problemas y limitaciones que planteaba un estudio de este tipo, que consideramos la posibilidad de abordar, desde esta perspectiva, una investigación sobre el mundo ibérico murciano y de sus posibles relaciones con aquel que se desarrollaría en las actuales tierras de Andalucía oriental, especialmente en un momento en el que, los trabajos realizados en esta misma línea en los vecinos territorios andaluces y alicantinos, nos han ofrecido un excelente panorama de los paisajes ibéricos y de los procesos que conformaron su transformación ante la presencia romana, que constituye, sin duda alguna, un valioso punto de partida de nuestro estudio²¹.

1.2. Objetivos y perspectivas de estudio

Como hemos indicado, y a diferencia de los trabajos que se vienen llevando a cabo en otras áreas ibéricas peninsulares, el hecho de que ningún estudio haya abordado aún, desde una perspectiva de conjunto, el mundo ibérico y romano en la Región refleja la necesidad de retomar una línea de investigación iniciada en los años 70²² y que, por desgracia, y a excepción de algunos estudios concretos aún inéditos²³, no ha visto una clara continuidad a lo largo de las décadas siguientes.

El panorama cada vez más completo y, a su vez, complejo, que parecen reflejar los paisajes ibéricos peninsulares y la situación en la que se encuentra la investigación sobre los mismos en el área murciana, es uno de los principales hechos que subrayan la urgente necesidad de un estudio en esta línea. Este, siguiendo los nuevos esquemas y perspectivas de trabajo planteadas en los últimos años, no debería además limitarse, únicamente, al estudio del poblamiento ibérico en estas tierras centrado en el conocimiento concreto de los diversos hábitats, como hiciera P. A. Lillo. Más bien, y a partir de él, debería abordar un análisis mucho más amplio, en el que, teniendo presentes los múltiples elementos que configurarían esos paisajes ibéricos, entrasen en juego cuestiones relativas a aspectos de tipo económico, sociopolítico, simbólico, cultural, etc. Es precisamente esta perspectiva la que se echa en falta en los estudios regionales.

Del mismo modo, tampoco la integración de estos territorios en el mundo romano, y especialmente los primeros momentos de la presencia de Roma en este ámbito peninsular, ha sido afrontada en una visión de conjunto desde la obra de C. Belda, publicada en 1975²⁴. Esa transición al mundo romano ha sido hasta ahora un periodo escasamente tratado tanto por aquellos trabajos que abordan el mundo ibérico del Sureste, centrados en el periodo Ibérico Pleno y que ven en él el final del mismo como por aquellos que atienden a los nuevos paisajes y estructuras sociopolíticas que supone la instalación romana en estas tierras, cuyo análisis se focaliza ya en época plenamente romana. En este sentido, ese proceso de tránsito de los paisajes propios del mundo ibérico a aquellos que caracterizarán el periodo imperial supone otro aspecto fundamental y poco conocido cuyo estudio, desde un punto de vista amplio como el que ofrece un trabajo en esta línea, puede aportar, claves esenciales para lograr una visión más completa del panorama y las transformaciones que definen el Sureste a lo largo de esos siglos.

Asimismo, esa presencia romana no debe observarse *a priori*, tal y como han hecho algunos trabajos, como un elemento de ruptura con respecto al mundo ibérico regional. El análisis del proceso de integración de este último bajo la órbita de Roma debe llevarse a cabo en este ámbito peninsular entendiendo el mismo como un proceso lento y paulatino de intercambio recíproco²⁵, en el que se entremezclarían, desde el primer momento, intereses romanos e indígenas, y durante las primeras centurias del cual se reconocerán aún claros elementos de esa cultura ibérica que, necesariamente, cabe tener presentes para comprender, en su totalidad, el desarrollo de dicho mundo indígena y su inserción en las nuevas estructuras romanas.

²⁰ GRAU 2000 a: pag. 33-51, 2002, 2002-2003: pag. 87-101, 2003: pag. 53-73, 2005 c: pag. 325-334 y 2006 b: pag. 211-226; RUIZ 2004: pag. 215-220; RUIZ *et al.* 1987: pag. 252-253; JORDÁN, GARCÍA y PAGE 2006: pag. 40-42.

²¹ Entre otros muchos trabajos, destacar los de A. Adroher y A. López para el área granadina, I. Grau, L. Abad y J. Moratalla para la zona de Alicante, A. Ruiz y su equipo para el ámbito de Jaén y los de E. Chávez, M. D. Camalich, C. Martínez y A. Muñoz para las tierras almerienses.

²² Únicamente contamos en este sentido con dos trabajos de conjunto, las tesis doctorales de P. Lillo (1979) y C. Belda (1970), en las que se aborda, respectivamente, el poblamiento ibérico y la romanización en el área murciana.

²³ Nos referimos en particular a nuestra tesis doctoral titulada *La Bastetania ibérica y su integración en el mundo romano*, leída en el

año 2009 en la Universidad de Murcia y realizada bajo la dirección del profesor Sebastián Ramallo. Dicho trabajo aportó una primera visión de los paisajes ibéricos y romanos del Sureste, ofreciendo además una metodología (uso de Sistemas de Información Geográfica) y una perspectiva de trabajo novedosas en el marco de los trabajos que, en esta línea, se han llevado a cabo en el área regional murciana.

²⁴ BELDA NAVARRO 1975.

²⁵ MORILLO 2004: pag. 205; GONZÁLEZ RUIBAL 2006-2007.

Se plantea además una segunda cuestión a tener en cuenta como es el hecho de que los trabajos tradicionales que han abordado estos periodos en el ámbito regional, y especialmente aquellos que analizan el mundo ibérico, lo han hecho, por lo general, desde una perspectiva particular, centrándose en aspectos muy concretos del mismo, fundamentalmente relacionados con el mundo funerario, material, y con el estudio de determinados yacimientos, sin encuadrarlo en el ámbito cultural del Sureste o ponerlo en conexión, en muchas ocasiones, con aquellas áreas ibéricas más próximas al mismo. Es precisamente por ello, por esa ausencia de una visión de conjunto, que el área murciana ha quedado siempre definida en la historiografía como una zona confusamente caracterizada, englobada unas veces en aquellas tradiciones culturales propias del mundo ibérico valenciano y otras en las que definirían el área andaluza oriental, así como también, en muchos casos, presentada como un territorio a caballo entre dos áreas culturalmente bien definidas por la historiografía como serían el ámbito contestano alicantino y el bastetano de las tierras de Granada.

Así, surge otro aspecto de interés en nuestro estudio de estas tierras murcianas y es la necesidad de insertar el análisis del mundo ibérico y romano regional en el contexto del Sureste peninsular y, especialmente, en ese panorama trazado para el ámbito alicantino y para las tierras de Andalucía oriental, con las que, en más de una ocasión, se ha querido ver una cierta vinculación de determinados sectores regionales, a la que parecen apuntar algunos de los últimos hallazgos documentados en el área murciana²⁶.

De este modo, y en función de todo lo indicado, nuestro estudio tiene un objeto de estudio principal: el análisis del periodo comprendido entre los siglos IV a.C. – III d.C. a través de los datos que nos ofrece el paisaje regional. En particular, como veremos en el apartado siguiente, centraremos nuestra atención en dos sectores regionales correspondientes a las cuencas medias y altas del Quípar y del Guadalentín. Ambas áreas son además zonas inéditas en la investigación arqueológica regional, especialmente para el caso concreto del periodo ibérico, a pesar de que es en ellas donde se desarrollan dos de los principales centros del Sureste peninsular durante dichas centurias. Como resultado varios son los objetivos que planteamos. En primer lugar, llevar a cabo una primera aproximación, desde un punto de vista amplio, al mundo ibérico murciano, analizando aquellos rasgos que lo definen y que permitirían comprender cómo se articula el paisaje ibérico desde el siglo IV a.C. y su transformación más allá del periodo Ibérico Pleno y del siglo III a.C., época en la que se suelen detener los estudios regionales. En segundo lugar, abordar el análisis del proceso de integración del mismo en la órbita romana, los criterios que marcan su desarrollo y aquellos que caracterizarán la instalación de Roma en estas tierras a largo de los siglos I-II d.C. Finalmente, y puesto que buscamos ofrecer, una imagen

del ámbito regional siempre inserto en el contexto cultural y en la propia dinámica evolutiva, económica, poblacional y sociopolítica del mundo ibérico y romano del Sureste peninsular, pretendemos abordar también los posibles contactos con las áreas vecinas, analizando paralelos y diferencias en las dinámicas de dichos territorios.

Así, por diversas razones, consideramos que solo un análisis que aborde, desde una perspectiva amplia, los paisajes ibéricos y romanos en la Región nos permitirá aproximarnos a un estudio como el que proponemos y perseguir los objetivos indicados. Por un lado, porque únicamente en el marco de un estudio de este tipo podremos atender a aspectos tan diversos, pero tan necesarios para lograr una visión de conjunto a nivel regional, como el patrón de asentamiento, la economía y las estrategias de ocupación y explotación del medio, o el papel que jugarían los lugares de culto, sin olvidar aquellos referidos a la propia cultura material o los rituales funerarios, entre otros muchos. Por otro, porque será precisamente esa visión de conjunto la que nos ofrezca la posibilidad tanto de observar de forma más completa el desarrollo de los procesos históricos analizados, como también de insertar el área regional en el marco más amplio del propio mundo ibérico y romano del sur y el Sureste peninsular. Finalmente, no podemos olvidar, los escasos datos de que disponemos y, por ello, la necesidad de integrar todos ellos en una misma interpretación histórica, ya que, solo si los ponemos en conexión y los analizamos de forma conjunta y combinada, será posible obtener de ellos mucha más información que aquella que ofrecen de forma aislada²⁷.

Varios son los criterios que nos han llevado a concretar nuestro estudio en el análisis de aquella dimensión del paisaje que correspondería al denominado ‘paisaje social’, entendido desde una perspectiva amplia²⁸. Por un lado, ese carácter amplio que define el estudio del paisaje, en tanto que este aparecería conformado por múltiples elementos. Por otro, la propia naturaleza y el carácter de los datos disponibles para llevar a cabo nuestro trabajo. Finalmente, los límites que supondrían a la hora de lograr una visión de conjunto de todos los aspectos indicados. En este sentido, y si bien, no podemos olvidar tampoco otras dimensiones que entrarían en juego en la conformación y evolución de ese paisaje, como serían aquellas ambiental y simbólica, ya que se hallan estrechamente en conexión, intentaremos centrarnos, especialmente, en los factores económicos, como el modo en el que se desarrollan las estrategias de control y explotación del territorio, sociopolíticos, culturales, etc., aspectos, todos ellos, que definirían la relación dinámica entre el hombre y el medio a lo largo de los distintos periodos de estudio²⁹. La necesidad de aproximarnos a cada uno de ellos impondrá, como

²⁶ LÓPEZ-MONDÉJAR 2018.

²⁷ CAMBI 1999: pag. 116; LEONARDI 1992: pag. 25-66.

²⁸ HARVEY 1978: pag. 87-89; CRIADO 1997: pag. 7; CASTRO *et al.* 1996: pag. 36-38; BARCELÓ y PALLARÉS 1996: pag. 314-315; SASTRE 1999: pag. 345.

²⁹ CRIADO 1997: pag. 7 y 1999: pag. 5-6; CASTRO *et al.* 1996: pag. 36-38; PRIETO 2002: pag. 144; PECERE 2002-2003 (tesis doctoral inédita): pag. 19-22.

veremos, diversas escalas³⁰ o, como se han denominado, distintos mecanismos de ‘zoom’³¹.

En general, los objetivos apuntados y la perspectiva de análisis indicada responden a tres intereses fundamentales. Ante todo, al propio interés de plantear una primera aproximación a dos comarcas del Sureste inéditas, donde no encontramos ningún trabajo que aborde en profundidad las centurias analizadas, pero fundamentales para comprender el desarrollo de la cultura ibérica y la romanización en estas zonas, como muestran los últimos hallazgos. En segundo lugar, la necesidad de cubrir el ‘vacío’ que actualmente define el panorama de la arqueología regional desde la perspectiva indicada, especialmente tras los estudios de conjunto que, en las últimas décadas, han abordado el análisis del área alicantina, de la comarca andaluzas de Los Vélez y de las vecinas tierras La Puebla de Don Fabrique³². Finalmente, el hecho de que, como hemos indicado, responderían a una perspectiva muy distinta a aquella que, hasta el momento, ha caracterizado los estudios sobre el mundo ibérico y los primeros momentos de la romanización en el ámbito territorial murciano. Se trata así de ofrecer, por primera vez, tanto una visión de conjunto, en la que entrarían en juego los diversos elementos que conformarían los paisajes que se configuran y transforman a lo largo de esos siglos, como también comparativa entre los procesos históricos y la dinámica interna que caracterizaría los territorios de estudio y los que vemos desarrollarse no solo en otras áreas ibéricas del sur y del Sureste peninsular, especialmente aquella andaluza, sino también, en otros ámbitos del mundo mediterráneo.

Precisamente esa perspectiva amplia a la que nos venimos refiriendo, nos lleva necesariamente a delimitar con precisión dos cuestiones básicas: el ámbito espacial y el marco cronológico de nuestro estudio.

1.3. El marco espacial

1.3.1. Interés de las comarcas analizadas para el análisis de los periodos ibérico y romano

La primera cuestión que se nos plantea es la de delimitar el ámbito espacial en el que vamos a desarrollar nuestro estudio. Se han apuntado diversos criterios que podrían entrar en juego a la hora de definir un área de estudio, siendo quizás aquellos que responden a cuestiones fisiográficas y naturales los más utilizados y, para algunos autores, los más recomendables. Asimismo, también criterios de tipo arbitrario, como pueden ser aquellos referentes a límites municipales, de tipo cultural o relativos a las propias características que definen la superficialidad de los materiales y de los hallazgos, han sido tomados en consideración en más de una ocasión³³. Sin embargo,

y junto a todos estos, otros muchos factores deben ser tenidos en cuenta a la hora de abordar, quizás de forma más concreta, un estudio del mundo ibérico y romano regional y, especialmente, el que proponemos.

Precisamente el panorama que ofrecen los propios estudios sobre la cultura ibérica y los primeros momentos del mundo romano en estas tierras del Sureste nos lleva a plantear la necesidad de centrarnos en dos áreas que, hasta el momento, han quedado prácticamente al margen de la investigación arqueológica regional centrada en este periodo. Incluso en la citada obra de P. A. Lillo, y debido a los escasos datos que ambas zonas ofrecían en esos momentos, las dos quedaron al margen del análisis general del poblamiento ibérico regional propuesto por este autor. Asimismo, posteriores trabajos han analizado únicamente yacimientos concretos dentro de las mismas, poniéndose de manifiesto la necesidad de un estudio que aborde una visión de conjunto y en profundidad de ambas zonas. Se trata de los territorios correspondientes a las actuales comarcas del Noroeste regional y del Campo de Lorca, y más concretamente, dentro de estas, a aquellos sectores que comprenderían las cuencas medias y altas de dos de los principales afluentes del río Segura, el Quípar y el Guadalentín (fig. 1).

Ya J. M. García Cano planteaba la división del mundo ibérico regional en cinco grandes áreas, entre las que englobaba, junto a los altiplanos murcianos, el área costera y las tierras próximas al curso del Segura, la comarca del Noroeste y el valle del Guadalentín³⁴. Estas áreas, además, a juzgar por el carácter que parecen ofrecer algunos de los importantes yacimientos documentados en ellas, como los *oppida* emplazados en el Estrecho de Las Cuevas, el santuario de La Encarnación o el propio Cerro del Castillo de Lorca, debieron tener un papel clave en el desarrollo del mundo ibérico del Sureste y en la romanización de estas tierras.

A pesar de ello, el desconocimiento que actualmente se tiene del mundo ibérico en ambos territorios, que afortunadamente han comenzado a paliar algunos de los últimos estudios y hallazgos³⁵, contrasta con los numerosos trabajos que abordan el análisis de yacimientos de este periodo pertenecientes a esos otros ámbitos indicados, y, sobre todo, con aquellos centrados en el análisis del mundo ibérico en el valle del Segura.

Así, se trata de dos áreas que debieron adquirir un amplio desarrollo durante el periodo ibérico, como reflejaría el *oppidum* de Los Villaricos o el carro ibérico localizado en la falda del Cerro del Castillo y de las que, sin embargo, desconocemos los rasgos básicos que caracterizarían esos paisajes ibéricos, así como los que definieron su integración en la órbita romana. La elección de las mismas pretende, por tanto, no solo completar el vacío historiográfico que afecta a esos sectores regionales, sino también, y a nivel

³⁰ CAMBI y TERRENATO 2004: pag. 78.

³¹ CRIADO 1999: pag. 5.

³² GRAU 2002; MARTÍNEZ y MUÑOZ 1999; ADROHER y LÓPEZ 2004.

³³ CAMBI y TERRENATO 2004: pag. 82; RUIZ y FERNÁNDEZ 1993: pag. 88; GÓMEZ 2006: pag. 243-274; LEONARDI 1992.

³⁴ GARCIA CANO 1992: pag. 314 y 2006: pag. 99.

³⁵ LÓPEZ-MONDEJAR 2018.